

TIME

Jacint Ferrer, el desahucio del siglo

Su casa desde 1931





TIME

Jacint Ferrer, el desahucio del siglo

Fotografía y diseño: Marc Javierre-Kohan

Texto: Jesús Martínez

Barcelona, 2020







Jacint Ferrer

El desahucio de una vida

P

JESÚS MARTÍNEZ

De 1931 al 2020...

Jacint, *Cinto*, Ferrer nació en 1927. Tenía tres añitos cuando su familia se instaló en la calle Ruiz de Padrón, 60, junto a la Meridiana, en Barcelona.

Nonagenario, le dan vahídos, le duelen los huesos, se olvida de tomarse las pastillas.

Ha vivido la guerra, la posguerra, la dictadura, huelgas generales, varias crisis económicas...

Y un desahucio. Siempre ha pagado los recibos.

Ahora le quieren echar. Su historia es la historia de los muebles de su hogar. Jacint Ferrer, el desahucio del siglo.



CUANDO LAS INJUSTICIAS SE COMBATEN

«UN MISTERIOSO INSTINTO dirigió mis pasos», escribió Truman Capote en el prólogo de *Música para camaleones*, textos sueltos que, juntos, conforman una unidad.

Con lo de «misterioso instinto», el periodista estadounidense se refería a la coronada que tuvo al intuir un filón en lo que luego acabaría siendo su libro más vendido, *A sangre fría* (1966), la historia de unos asesinatos.

Si no nos hubiera dejado Capote, su olfato le habría conducido hasta el intento de desalojo del vecino Jacint Ferrer. En definitiva, la historia de otro asesinato.

En junio del 2019, tres magistrados de la Audiencia Provincial de Barcelona sentenciaron el fin de la memoria, el tiempo indeleble y la infancia. Fallaron: «**Debemos CONDENAR Y CONDENAMOS** al demandado a que desaloje la vivienda sita en Barcelona, calle Ruiz de Padrón, 60, segundo, con apercibimiento de que si no lo hace en el plazo legal será *lanzado a su costa*».

Quiere decir que será desahuciado y pagará por ello.

El 20 de enero del 2020, antes de que la peste del

coronavirus quemara con azufre miles de pulmones, los funcionarios y las fuerzas de seguridad intentaron echar a patadas a Jacint. Los vecinos se plantaron. Pararon el lanzamiento.

Se pronunció el Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos.

«De conformidad con el artículo 4 del Protocolo Facultativo de la Convención sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad y con el artículo 64 de su Reglamento, se ha solicitado al Estado parte [España] suspender el desahucio», fijaron en una carta de febrero del 2020.

Los expertos de la ONU tuvieron en cuenta la descripción hecha por Jacint de la supuesta violación de sus derechos: «a. no ha sido considerada mi situación de dependencia severa; b. no se ha evaluado mi caso como situación de riesgo elevado; c. el acceso a la justicia no ha sido en igualdad de condiciones por la inacción de mi abogada (designada por turno de oficio) [...]; d. trato cruel y degradante...».

Cruel. Degradeante. □



Society

CUENTAS («CUENTA ZERO»). Tarjetas («*Tarjeta Débito Oro*»). Inversión («*Fondos monetarios y renta fija*»). Hipotecas («*Hipoteca variable online bonificada*»)...

En la oficina 4726 del Banco Santander («*Atención personal*»), en plaza Lesseps, 4-5, se ubicaba el cine Roxy. La carteleta luminosa con los magníficos títulos de *La Meca del cine (Doctor Zhivago)* se ha reconvertido en un muestrario de panfletos y mentirijillas fiduciarias con letra pequeña («*Seguros “protección hogar flexible”*»).

El cine Roxy, en Lesseps, ya no existe. Se apagó en 1969.

El escritor Juan Marsé (*Si te dicen que caí*) también murió con el cine Roxy, con un tiempo de descuento de cincuenta años (le despedimos en julio del 2020).

Cuando digo *morir* digo diliurirse.

El tiempo es un guiñapo, un espantapájaros al que toman el pelo los gorriones. El tiempo es una cosa mala y buena, según se mire. Se le echa de menos cuando ha pasado. Y no se le toma en serio cuando al lado se tiene, aunque nunca pida pan.

En *El tiempo de los regalos*, el viajero Patrick Leigh Fermor dice: «Abrazos inextricables», abrazos que se prolongan.

En *El tiempo entre costuras*, la enamoradiza Sira Quiroga dice: «Transitábamos como si no hubiera un ayer ni un mañana».

En la película *In the name of the father*, Gerry Conlon dice: «Pestañas y han transcurrido quince años».

El tiempo es la rueda de la fortuna.

Una apuesta para la Bonoloto: 5, 12, 17, 28, 34, 35.

El tiempo es una sensación extraña, como algo a medio hacer, caduco, finito: el café frío, la glaciación de los objetos y las malas pasadas de la mente, derramada por sus vericuetos.

‘Casa meva és l’ànima de la meva dona.’

JACINT FERRER,
pollero y vecino
de la calle Ruiz de Padrón

El cine Roxy ya no existe. Juan Marsé ya no existe. Nadie gana a la Bonoloto. El tiempo es una incógnita. En el segundo piso de la calle Ruiz de Padrón, 60, en El Clot, el tiempo se ha parado.

Aquí, el Roxy aún deslumbra. Aquí, Juan Marsé sigue cabreado (*La oscura historia de la prima Montse*).

Y la lotería es tener salud. Desde 1931, vive en el número 60 de Ruiz de Padrón un hombre íntegro: Jacint, Cinto, Ferrer (Palau-solità i Plegamans, Barcelona, 1927).

Arregló su casita y la puso bonita mucho antes de que Ernesto Che Guevara se liara la manta a la cabeza por los cerros bolivianos.

«Casa meva és l'ànima de la meva dona», concibe Cinto, doncel valiente, desafortunado en el juego, con parduzcas alas de halcón. Se sostiene con un bastón de aluminio cuadrípode, sobrio y discreto y peregrino.

Es un valiente Jacint, *Cinto*, Ferrer porque, con más de noventa años, ha superado un reuma pasajero, una merma en la capacidad motriz y un desahucio.

A principios del 2020, entre la borrasca tropical *Gloria* y el confinamiento por el virus de la mala leche, los *hombres de negro* (los hombres de negro también son mujeres de negro) intentaron echar de su cama a este adorable viejecito. Intentaron tirar todos sus muebles a la basura.

No lo lograron.

Jacint se ató a la pata de la cama (en sentido figurado).

Si lo hubieran conseguido, habría sido como desahuciar el tiempo.

En el *tiempo* se incluye a Marsé y los cigarrillos de George Raft (*Night After Night*) y a El Che en la Batalla de Santa Clara.

LA CASA DE Jacint Ferrer, en la que lleva viviendo casi un siglo, tiene una robusta puerta de ma-



EL TIEMPO CONGELADO. Arriba, las posesiones en la vida de Jacint, de 93 años. En la mesita de noche, lámpara de bronce, cofre de imitación y el perfil de su mujer.

dera con la finura de unos acaramelados arabescos tallados en los párpados de la mirilla. Es un portalón de palacio, hecho de guitarra española convulsionada por los duros años de la guerra civil (pasó la contienda sin mayores sobresaltos, las bombas caían en Poblenou). Para picar al timbre, se sube por unas escaleras de fresca loza y piedra lisa, escaleras con tabiques de papel sirena pintados de colores tenues, con un mate apagado, muy claro, tan raso como un

obelisco. Escasas cenefas en las escaleras, rústicas, de atardecer dorado.

Se abre la puerta de palacio.
La Casa de Jacint.
Se accede a un recibidor de platea.

En el estuche del recibidor, los bocetos de unos personajes de sobremesa, en tinta china, enmarcados. Dibujos de Gabino Victorio Segundo Rey de Santiago, *Gabino*, hermano de la mujer de Jacint, Tomasita, *Sita*, el «alma».

Tomasita se le fue en 1994.

Gabino se le fue en el 2006.

Los ecos de sus voces, su presencia abarcadora, la extraña anatomía de su personalidad impregnán los espacios de La Casa.

Trazos desacordes, desacompañados, desestabilizados por el ritmo frenético del arte que quiere darse.

Gabino (*Port*) expuso en la Sala Parés, guardianes de su obra figurativa. También expuso en galerías de Francia y de Inglaterra y de Estados Unidos.

Por mediación de su íntimo amigo Juan Antonio Samaranch, franquista y a la sazón presidente del Comité Olímpico Internacional, una de las mariñas a las que dio forma llegó a manos del actual Rey emérito de España, Juan Carlos I, entonces arquitecto de la democracia y hoy caído en desgracia.

El Rey quiso conocer a Gabino, hijo de alcalde republicano.

Gabino no quiso, fiel a sus principios.

Los Roca, los Maragall, los Vera... Familias de pedigrí de Barcelona que poseen pinturas de Gabino (*Cacharras*).

Ocres y divinos pasteles de azul Cerdeña.

Rosas y pastosos caquis croados.

Rojos siena, afinados, sonoros. Violines.

El recibidor, oscuro, revertido, vertical, se abre a una época de luz, Sputniks y caniches.

El recibidor conecta el presente con lo remoto.

La coronación de la reina Isabel II en Westminster y el tiro









que acabó, en Sirte, con la tiranía de Gadafi.

El agente naranja, en Vietnam, y las mareas políticas.

La pesada losa de Franco, maldito, y los test PCR del nuevo virus.

El recibidor es la antesala del tiempo.

Hay un paraguero.

Hay un manojo de llaves.

A la derecha, puerta de doble hoja, de blanco armónico.

A la izquierda, puerta que da paso al salón, con cristales plomados y una sacrosanta ornamentación vacía de santidad: vidrios catedralicios, una puerta que parece un caleidoscopio formal.

En este pasillo mediano, una tapa de contador años veinte, con el color del otoño incrustado en sus infantiles remates. Artesonados intelectuales que entonan el *Canto* de Walt Whitman: «El carpintero alisa la madera con el cepillo que cecea salvaje».

El recibidor se ancla en el pasado «obedeciendo cada vez más fácilmente a la sugerión de los viajes», instruyó el geógrafo Eliseo Reclús en *El hombre y la tierra*, en el capítulo dedicado al agitado siglo XIX.

En el vestíbulo de La Casa de Jacint, la vertiginosa velocidad se aminora, y la tensión del minuto llega sin avisar a su última estación, de repente, como la mordida de un escualo, el preso de medianoche de Alan Parker y los gatos sin cascabel.

A la izquierda, puerta que da paso al salón.

CONTRATO DE INQUILINATO

El piso de la calle Ruiz de Padrón, 60, en el barrio de Camp de l'Arpa de El Clot (Sant Martí), se rige por un contrato de renta antigua.

PROFESIÓN

«su profesión *comercio*, vecino al presente de *Barcelona*»

ARRIENDO

«hemos contratado el arrendamiento del cuarto *segundo* de la casa núm. 60»

TIEMPO

«por tiempo de *meses* y precio de *cuatro mil doscientas* pesetas cada año»

CONDICIONES

«condiciones que se estamparán al dorso, escritas o impresas, y en caso de excepcional extensión, en pliegos separados, sin sello alguno, unidos al presente»

FIRMA

«formalizado así este contrato, y para que conste, lo firmamos por duplicado.
Fecha ut supra»

A la derecha, decía, puerta de doble hoja, de blanco armónico.

DERECHA. LA HABITACIÓN de las niñas. Refugio de las dos hijas de Jacint y Tomasita: Emilia, Emi, y Victoria, Vicky.

Vicky murió en el 2014.

Emi visita cada día a su padre, para besarle en la mejilla, preguntarle cómo está (no oye bien: «Com estàs?») y pedirle que camine por el pasillo negro de Gabino (no oye: «Has de caminar, papà!»).

La habitación de las niñas, intacta. En sus orillas crecieron, jugaron con muñecas, rezaron en los días en los que el ángel de la guarda se mantenía alerta.

Dos camas que parecen cunas, idénticas. De metal cobrizo, con tornas lunares, alabeadas, como Vespas planas. Los cabezales de las camas, alerones; las sábanas, sinuosas olas con el aspecto de grecos y dunas y constelaciones.

En la pared norte, alta, el mueble barnizado, una joya importada de Francia, festoneado de curvas, rugosidades y blanquecinas y lisas pendientes, es culturales.

Armario *lovely*, reliquia lacada, charolada, delicada, brillante, duradera, de exótico estilo japonés. Cavidades interiores ordenadas como uvas, con paneles romanos sin guinda.

Armario florido, rematado con buganvillas, clavos y tonadas. Deslizados los pétalos por los retoques de las cajoneras, retorciéndose alrededor de los tiradores, en una explosión primaveral y nudista.









«La padrina de la meva dona es va casar amb un francès», desliza, parco, observador distante.

En uno de los laterales, a la altura de las costillas, un televisor ochentero, de pantalla retráctil. Botones chistosos, moribundos, para subir y bajar el volumen.

Un poco más arriba, y tocando con las pestañas de la ventana, una fotografía en blanco y negro, serena, con las dimensiones de una billeteira o de una baraja o de un teléfono móvil.

En la imagen, de los años sesenta, se ven a Jacint Ferrer, a su esposa, al hermano de su esposa, pintor, y a un amigo de la familia.

Jacint mira al objetivo con un posado de dandi, petrificado, nada contrariado. Bogart en

Siempre Eva. Trajeado, con los brazos relajados y el aspecto de un torero.

Ella, su mujer, guapísima, engalanada con una seductora piel sedosa, un vestidito tipo Givenchy sin alharacas, constitutivo, almizclero. De tono suave, dócil, dúctil. Belleza y jazz hechos uno, en un *ragtime* de estrecha cintura.

Gabino, donjuán, conquistador, presintiendo una noche mágica en un local de moda que el tiempo, esa rueda de la fortuna, se encargaría también de cerrar.

El amigo, la cara desconocida, asume el rol de secundario, incrustado en una instantánea para la posteridad.

La fotografía, en la que se posa el peso de los años, guía a

Jacint. Los ojos de quienes en ella aparecen nos persiguen con la mirada, como si los interpellados fuesen Giocondas festivas que agarraran por el cuello a los curiosos.

En la pared opuesta a la pared altaiva, en esta habitación de niñas en la que han desaparecido los juegos y las juegas y las muñecas y los muñecos, el cuadro furtivo de una religiosidad atemperada.

Del paño, austero, cuelga algo recio, un detalle que se asemeja a un recogimiento, una configuración rectangular que invoca la escena central de una tabla de Sandro Botticelli. Algo que desprende cierta milagrería, cierta reserva espiritual, como si en lugar de decorar, transpirara.



La habitación de las niñas enlaza con el pasillo. Pero entre esta habitación y el pasillo hay una especie de trastienda, de recoveco, de respiradero lo suficientemente amplio para estudiar con los codos hincados.

Aquí, en el frontal, se mantiene desde hace cincuenta años un escritorio extraíble, algo que Ikea ya ha copiado con tintadas bandejas sostenibles.

Una madera de tono apergaminado se dobla y se revierte. En el reborde, un flexo escarlata de esos que le encantan al cazador de antigüedades Pritchard (*Salvage Hunters*), miniatura, decoroso, flexo con la edad de las primeras industrias.

Encima, vigilando, una cortina estampada.

'Has de caminar, papà!'

EMI FERRER,
hija de Jacint,
a quien visita
cada día en la casa
de la calle Ruiz
de Padrón, 60, en
el Distrito de Sant
Martí de Barcelona

Escoltándola, dos sillitas que se diría de porcelana, restauradas, con un ligero desgaste, y en las que se han sentado el esfuerzo, la ilusión, la recompensa, el ejercicio de Naturales, la estrofa, la pausa y la prisa, la pregunta de qué seré de mayor.

Enroscado en un ángulo, un armario empotrado, revestido de dermantina, tapizado con uñas blancas y, en las junturas, tachonado de estrellitas.

La salita de estudio de las niñas, junto a la habitación de las niñas.

OTRA VEZ EN el pasillo, y puerta con puerta, la habitación de matrimonio de Jacint Ferrer, más amplia, del tamaño de una antigua administración.







Tres cuartas partes de la alcoba han sido ocupadas por la cama, noble, regia, de gobernador de provincias: las camas, antes, no se diseñaban, se elevaban, bellos navíos para descansar y devorarse, alambrados por apliques italianos y artesanales hijos de los mejores pinos.

«He aquí su cama, una cama de hierro» (Deuteronomio).

En la cama, manta con patrón de cuadrados que van del color ceniza al frambuesa.

Y colchón de dos metros largos, tan largos como pértigas.

Cuando Jacint se tendió en la cama, no existían los colchones viscoelásticos ni las fibras ecológicas Cashmere.

Cuando Jacint heredó la cama, Mao Tse Tung se desha-

cía en elogios hacia la Unión Soviética, todopoderosa, pulverizadora, intercontinental.

Y Kennedy aún no había puesto un pie en el Capitolio.

Gagarin hacía méritos para ser reconocido como algo más que un cadete.

'He aquí su cama.'

DEUTERONOMIO,
Antiguo Testamento

La cama de Jacint Ferrer tiene más años que Jacint Ferrer.

Cama con largueros de acueducto, amasados con brazos de orfebres y herreros, con muchas

manos de muchas atenciones de «memorial perdido», como así versificaba el poeta Arturo Serrano Plaja (*Del cielo y del escombro*).

En los amaneceres, por entre las persianas del postigo verde que da al balcón, se filtran tenues cintas de sol, que a esa hora es el sol más solícito y agradable. Verde que se barnizó para no ser jamás molestado.

En el balcón, la balaustrada.

Baldosas hexagonales, beis, en el suelo del aposento en el que Cinto ha visto estallar la guerra, la posguerra, la transición, el desencanto y la sumisión.

Cuando, siendo un renacuajo, Cinto pisó por primera vez la cámara, Carrillo no tenía edad







para fumar, la ley seca imperaba en Estados Unidos, con los hombres de Eliot Ness pisándole los talones al secuaz Frank Nitti, uno de los lameculos del gángster Al Capone.

Cuando Cinto entró por primera vez en la estancia en la que reinaría con su compañera, los ácratas de Durruti almacenaban fusiles y bombas de mano. Los tranvías fisgoneaban por las calles, Charlot se había convertido en el santo de los pobres y Lorca pergeñaba los personajes de *Bodas de sangre*, con el brillo de las navajas resplandeciendo en sus cuartillas. Federico daba discursos para saciarse de cultura: «No solo de pan vive el hombre. Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle, no pediría un pan, sino que pediría medio pan y un libro».

Cuando Jacint dijo: «Aquesta habitació ja és meva», en alguna parte de algún tocinillo de cielo se oyeron los ecos de aquellas otras presencias, las presencias de sus padres que antes deambularon por el mismo sitio.

En las dos mesitas de noche, bajo unos gruesos cristales de arniño, tapetes de ganchillo.

En una mesita, el despertador analógico, esfera negra y números blancos y simples. Pasadas las cinco.

En la otra mesita, la foto de ella con él. A contraluz, recortados. Parece que ella pose su mano sobre él, que estire el deseo, la liana del antebrazo, y que deposite el candor, la primula y el beso en el sediento cuerpo de Jacint. Ella es su mujer, Sita.

En la misma mesita del cándido recuerdo de su señora, un arconcito medieval con las proporciones de un pisapapeles. Dentro, secretos.

En las dos mesitas, a ambos lados de la cama de matrimonio, lámparas de tulipa, de noche envejecida. A una de ellas le falta el globo.

Encima de la cabecera de la cama, la reproducción de la *Anunciación*, de Fra Angélico, oro y temple.

El espíritu santo invade con un rayo de luz el ángel y la virgen, y también llega a la otra parte del cuarto, junto al armario de luna.

Allí, frente a los ojos tendidos de Cinto, el cuadro de él y su hermana melliza, Pepita. Los dos pequeños, a la moda de la época: hermosos infantes de la niñez retratados sobre un butacón de roble con respaldo de cuero. Los dos, Jacint y Pepita, retan al fotógrafo, la mirada aviesa, como si les dolieran los zapatos, y peinados con el tupé de Travolta.

Cuando le tomaron esa foto, Jacint ya vivía en Ruiz de Padró, 60, en El Clot.

Cuando le immortalizaron, aún no había nacido Cassius Clay.

La jovencísima Anna Frank correteaba por los parques de Fráncfurt.

Einstein ideaba teorías increíbles y no pensaba en el exilio.

Hitler no había llegado al poder. Ni se le temía.

La bomba atómica no existía.

Los electrodomésticos no se habían inventado.

Las pantallas de plasma pertenecían a los negocios de fantasmas, entretenidos con las predicciones.

El Desembarco de Normandía quedaba muy lejos, en el futuro intangible, inalcanzable, utópico.

Santiago Ramón y Cajal daba clases de histología.

Gandhi practicaba la desobediencia civil.

Las sufragistas no habían tirado la toalla.

No se llamaba Primera Guerra Mundial por el mero hecho de que era impensable una segunda. Los mutilados de la Gran Guerra del 14 mostraban los muñones en las callejuelas de media Europa.

Pepita, la hermana melliza, murió de tisis. Tenía 18 años.

Jacint ahorró ocho mil pesetas ese año, las gastó en el entierro de su hermana.

Los niños iban a veranear a casa de los abuelos, en Montmeló (Barcelona). Rodeados de prados, vacas, gallinas, patos, capazos, ruedas de molino y arcos ojivales.

La madre de Cinto, Emilia, nació en esa masía, en la que ya nacieron sus padres, los abuelos de Cinto.

El padre de Cinto volvió de la guerra de África y se enamoró de su madre.

Los padres de Cinto pertenecían a familias enfrentadas, capuletos de secano.

Hoy, en la casa pairal se encuentran las oficinas del circuito de Fórmula 1 Barcelona-Catalunya («Driving experience»).



'Estan executant el desnonament! Vergonya!'

**OBSERVATORI
D'HABITATGE
I TURISME DEL CAMP
DE L'ARPA-CLOT,**
«grupo de personas
y entidades preocupadas
por la situación de la
vivienda en el barrio
y por los efectos que la
especulación inmobiliaria
y la invasión turística
tienen en Barcelona»

Fuera de la habitación de matrimonio, fuera de la habitación de las niñas, al otro lado del pasillo gabiniiano (*Desnudo con fondo rosado*), y siguiendo las baldosas de seis cantos, el salón comedor, detenido en el tiempo como en un cuento ruso.

HETE AQUÍ LOS elementos congelados, paralizados, Mannequin Challenge al son de *Rae Sremmurd*.

Ladeada, la mecedora destenida, ambientada en estanques granates, mecedora en la que otrora se mecía la *mestressa*, produciendo una ligera brisa con su «vaivén escurridizo», como describía Graham Greene en *El poder y la gloria* («casa: término usado para referirse a

las cuatro paredes entre las que uno duerme»).

En una esquina del salón, una lámpara de pie de hierro lanceado, con la base viselada y los brazos juntos para que nunca vuelva a oscurecer.

En medio, dos butacones de terciopelo gris antracita, con cara de póquer y hechos a la moldura derrengada de quienes aquí se desfondan.

Por encima de los butacones, con un toque de aceituna protectora y macilenta, el lienzo de ella, de Tomasita, *Sita*, obra de su hermano Gabino (*Roca y pinos del Paseo de Ronda de S'Agaró*).

La expresión lánguida, melancólica, ursulina. Perfumada, rebosante, bondadosa. Sentada.

















En el óleo, sentada en una silla de taller, Sita se asoma a un vasto horizonte Nínive, perdida la mirada en una descomposición, como si trenzara recuerdos o los dejara ablandar en una olla grande en un lugar seguro.

En la pared del comedor que da al pasillo, El Mueble.

«Durant un mes sencer van estar venint per prendre les mides i prendre el color», rememora Jacint, que se sitúa en alguna fecha de las décadas prodigiosas. Revive en largas distancias, con sentimientos que jamás cicatrizaron.

En El Mueble estilo oriental, minucioso, sustancial, veranean las cigüeñas flamencas y los faisanes que con estas conversan. Alimonado, esmaltado, metódico, en sus estantes se alinean en formación de combate los grandes títulos de la literatura universal.

Souvenirs de algún viajecito a las marismas de nuestra geografía, viajecito cercano y lejano a la vez, a los destinos que Twain narra en *Las aventuras de Tom Sawyer* («Había llegado nada menos que desde Constantinopla, a veinte kilómetros de distancia, y, por consiguiente, había viajado y había visto mundo»).

Una pinacoteca de figuritas, de diseños burlados y platos decorativos.

El Mueble tardó en llegar, y cuando alcanzó el terreno de La Casa de Jacint, se desplegó con la fuerza de la hiedra, extendiendo las hojas de su esbeltez.

«Tota la casa és l'ànima de la meva dona», suspira Jacint.



EL TIEMPO CONGELADO. El cuarto de las niñas, las hijas de Jacint y Sita. Uno de los primeros televisores fabricados para ser transportados con ligereza. Marca Elbe.

En el sofá de tres plazas, enfrente de El Mueble, Jacint se queda prendado de las aves oníricas allí contorneadas, aves pinzeladas en persuasivos roces, acicalándose, apareándose, reclamándose.

Por la mente de Jacint viajan las eras, las épocas indispensables, los estratos del tiempo.

Si nos adentráramos en la inmensidad de sus pensamientos, se hallarían las gemas de la cotidianidad que sostuvo junto a su

esposa, el «alma». Y junto a sus hijas, una de las cuales aún le cuida, amantísima ternura.

Y en ese contexto, aún leeríamos las notas de las efemérides, las dataciones de los períodos en los que los años se suceden.

El Mueble ha contemporizado con los armisticios, con la Guerra de Corea y sus paralelos, con el magnicidio de Dallas.

Sobre El Mueble ha llovido el polvo estelar de la pisada de Neil Armstrong en la Luna.

El Mueble ha sido testigo de los Tratados de Reducción de Armas Estratégicas, con Gorby y Reagan fiándose mutuamente.

El Mueble se ha ido arrugando con el choque térmico de la construcción del Muro de Berlín. Durante los decenios de división en bloques, El Mueble se ha estropeado poco. El Mueble llegó a ver la caída del Muro, en 1989, y en torno a este hecho, en La Casa se comentaron los cambios, la tregua en los odios, las nuevas normalidades.

Entonces, con la caída de la URSS, empezó otra nueva normalidad.

Diez años más tarde, a Jacint le ofrecieron una millonada por El Mueble lacado, y no lo quiso vender.

El salón podría ser trasladado, pieza a pieza, a la sala de los relojes del Museu Frederic Marès (*Monumento a Goya*).

Un reloj de pared, de péndulo, mecánico y acampanillado, tuvo la mala suerte de dar las horas con el inconfundible berrito del elefante.

«A la nit de noces, la meva dona va pujar a la cadira i el va apagar, i mai més ha tornat a sonar», musita Jacint con una vocecita que, cada año, va perdiendo fuelle.

Se casó en 1960.

De vivir Sita, estarían celebrando las bodas de diamante.

De los joyeros García, casa fundada en 1929: «La palabra *diamante* significa inalterable, y en la antigua Grecia al diamante se le conocía como *adamas*, que significa indomable».

El reloj, inamovible, se yergue, espléndido, ante el visitante, majestuoso, lunático, expectante. Se diría que es un guerrero templario que vela armas en el mismísimo establo que cobija el Santo Grial. Indomable.

Bajo la lupa de sus números, la mesa maciza, el altar para las ofrendas de mediodía. Hace ya muchísimo, un tablero de cristal se superponía sobre la madera de nogal. Las niñas se pelearon. Se resquebrajó.

*‘A la nit
de noces,
la meva dona
va pujar
a la cadira
i el va apagar,
i mai més ha
tornat a sonar.’*

Las cuatro sillas, sin pomos, pero bien arboladas: patas anchas, peinazo romboidal y garnición.

La lámpara de techo, de araña, con las gotas esmeriladas suspendidas de un alambre.

«Cada cosí va posar les pestes que va poder», dice Jacint, lo que indica el enorme esfuerzo económico para comprarla.

Debajo de la mesa, la única alfombra que queda en el piso, persa, resistente, hechizada.

«A mi padre le encantan las alfombras, pero las he ido sa-

cando porque se tropieza con ellas. Le ha disgustado muchísimo», se disculpa la hija.

A buen recaudo, el carrito para las bebidas, con la cubitera de plata de la familia Sendón, prestigiosa firma de metales.

Delante, en el murete que da a la cocina, una tela más de la esposa de Jacint, Sita («Tota la casa és l'ànima de la meva dona»).

Realizada por Gabino (*Figuра sentada*), se aprecia la *bella donna*, alambicada, procelosa, estirado el cuello, tal Jeanne Hébuterne, la musa de Modigliani (*Mujer de ojos azules*).

Cuando posaba, ya sabía que estaba embarazada de Emilia, su hijita.

Las paredes del comedor, empapeladas con texturas, filamentos de sal.

En la pared que aguanta el sofá de tres plazas, junto a la lámpara de pie de hierro lanceado, dos láminas, dos niñas, las dos hermanas, hijas de Jacint: Emi, con diez años, y su hermana, Vicky, con ocho.

El trato con Gabino (*Bodegón del espejo*) fue el siguiente: cuando crecieran las criaturas, cada una de ellas se haría responsable de su propio retrato. Y ahí siguen, con las pequeñas soñando en dulce, según el recuerdo viene o se va.

Serias, bien criadas, educadísimas.

Las flores del jarrón, embebidas, tristemente frescas.

Las estatuas, chiquitas.

Los marcos, ampulosos.

Las líneas, desiguales.

La atmósfera, atávica.



En el comedor de Jacint Ferrer, las noches son noches trasnochadas. La procesión de objetos llega hasta los Encants, en una fanfarria de antigüedades que hoy se llaman *vintage* y que encajan a la perfección en el desván que Alicia tiene en Wonderland.

El tiempo es una posdata a pie de página en la que se incluye la letra de *La ley innata*, de Extremoduro: «La canción de que el viento se parara».

Esa canción también podría ser *Hyacinth House*, de The Doors («To please the lions»); *Smells Like Teen Spirit*, de Nirvana («bring your friends»), y *Mediterráneo*, de Joan Manuel Serrat («escondido tras las cañas duerme mi primer amor»). Las bandas sonoras de los años dorados las englobarían, y sonaría de fondo *Serenade to a savage*, de Artie Shaw.

Cuando Jacint, Cinto, Ferrer entró por primera vez en el segundo piso de Ruiz de Padrón, 60, el líder de los Rolling, Mick Jagger, aún no había salido del vientre materno: *Satisfaction* demostraría que antes de la muerte, hay vida.

Jimmy Page no había nacido.

Joe Cocker no había nacido.

Los Beatles nunca se habían escuchado. *Yesterday* demostraría que antes de nacer, morimos.

Jacint lleva días, en la cuarentena, en los que se cree medio ido. Cree que pronto se irá.

Jacint nació muerto, negro. Le salvó la comadrona, jefa de la Cruz Roja. Primero salió Pepita, la melliza. Luego él, amarratado, sin respiración, sin ser.

Hasta que chilló con los acordes de la guitarra eléctrica de Eric Clapton, *Stratocaster*.

Su mejor amigo, el único que le quedaba, con quien echaba unas cartas, acaba de fallecer.

La muerte no es la ausencia de vida. La muerte es la negación de lo que hemos sido.

La memoria es una manera de viajar en contrasentido.

Abrir el archivo de los recortes de prensa: la creación del Estado de Israel, los diversos holocaustos, el Proceso de Rivonia, los disparos de la Kodak, la autarquía, el Black Power, el osito Misha, el Mayo Francés, la Revolución Cultural, los cobros revertidos, los aguinaldos que van de los presidentes Calvin Coolidge, *El silencioso*, a Donald Trump, *El payaso*.

Los recuerdos subyacen en la sonata de objetos congelados, elementos congelados, la «glaciación de los objetos». En La Casa del pollero Jacint Ferrer, de una generación anterior a la de Elvis, cada uno de sus componentes, del frasco a la repisa, evoca una cosa, «todas las cosas», en voz de Machado.

Quien niega los recuerdos es quien quiere enterrarlos.

La justicia es una injusticia.

Se castigará a los hombres que pretendan desahuciar a Jacint, y a las mujeres desahuciadoras.

La persistencia de la memoria, tituló Salvador Dalí uno de sus dibujos surrealistas, descrito por el periodista Aurelio Pego: «El monstruo está tumbado en el suelo».

El monstruo nos come. □

GRADO DE DISCAPACIDAD

Resumen del dictamen técnico facultativo de la evaluación del grado de discapacidad (75 %), efectuada en otoño del 2019, por el que se demuestra la situación de dependencia de Jacint.

DEFICIENCIA I discapacidad múltiple

Diagnóstico:
osteoartrosis
degenerativa

DEFICIENCIA II limitación funcional de las extremidades inferiores

Diagnóstico:
polineuropatía

DEFICIENCIA III enfermedad del aparato urinario

Diagnóstico:
fallo renal

DEFICIENCIA IV disfunción del sistema osteoarticular

Diagnóstico:
osteoporosis

PREGUNTA

«¿Necesita el concurso de otra persona para realizar los actos esenciales de la vida diaria? Sí»





























*'A la nit
de noces,
la meva dona
va pujar
a la cadira
i el va apagar,
i mai més ha
tornat a sonar.'*